

EXPLORANDO EL CONSTRUCTO DE OTREDAD EN LA NOVELA *OJOS AZULES* (1998) DE TONI MORRISON

MARÍA EUGENIA BANEGAS¹

RESUMEN

El presente trabajo explora el constructo de Otredad en la novela *Ojos azules* (1998) de la autora estadounidense Toni Morrison. El abordaje de la obra se realiza desde la perspectiva del feminismo literario y del poscolonialismo, y se focaliza en la triple opresión causada por la Otredad que en sus múltiples manifestaciones, de género, raza y clase, causa en los personajes de Pecola y Claudia, los cuales se abordan de forma comparativa.

PALABRAS CLAVES: Otredad-triple opresión-feminismo-poscolonialismo.

INTRODUCCIÓN

La novela *Ojos azules* (1998) de Toni Morrison², ambientada en la década de 1940 en Lorraine, Ohio (EE.UU), narra la historia de Pecola Breedlove, una niña de color de doce años, pobre y poco amada, circunstancias que la llevan a pensar que es fea y cuya única salvación es anhelar fervientemente tener ojos azules, símbolo de los estereotipos de belleza de la época. Desear otro color de ojos es poder ver la vida con otro matiz pero ante la decepción de un deseo incumplido Pecola seguirá atrapada en la triste vida que le ha tocado en suerte hasta que la locura la reciba en sus brazos. Claudia, una niña de nueve años, una de las dos hijas de la familia que le da asilo a Pecola temporalmente, es quien narra la historia desde una mirada inocente y directa. Ella cuenta los padecimientos de la protagonista, el maltrato, la indiferencia, la violación del padre, la pérdida del bebé fruto de esta violación y su consecuente locura. Claudia y Pecola son dos niñas que viven en un contexto de adultos

¹ María Eugenia Banegas, estudiante avanzada del Profesorado Universitario en Letras de la UNSL (San Luis, Argentina), integrante del Proyecto de investigación Configuración de identidades y otredades en la literatura. Hegemonía, memoria, cuerpo y espacio (PROIPRO 04-2220), y autora de *Fuego de sensaciones* (2002, Ed. La Quimera).

² Toni Morrison fue una escritora y profesora estadounidense con descendencia afroamericana que mediante sus palabras logró visibilizar la vida cotidiana de la población de color, especialmente la de las mujeres en situaciones de alienación y opresión, apoyando los derechos civiles y la lucha contra la discriminación racial. En 1964 se convirtió en la primera editora de ficción de color de la editorial Random House, desde donde desempeñó un rol vital en la difusión de la literatura afroestadounidense. En 1988 obtuvo el Premio Pulitzer por su novela *Beloved* y en 1993 ganó el Premio Nobel de Literatura, convirtiéndose en la primera mujer afroestadounidense en recibirlo. En 2012 el presidente Barack Obama le entregó la Medalla Presidencial de la Libertad. El 5 de agosto de 2019 Toni Morrison falleció en un hospital de New York con 88 años dejando un legado digno de explorar. Adaptado de *Busca biografías* (www.buscabiografias.com).

estigmatizados que, a su vez, generan infantes invisibles y estancados en un entorno donde las crecientes desigualdades sociales, raciales y de género se ponen de manifiesto en una sociedad cada vez más diversa y fragmentada.

Este trabajo se centra, entonces, en explorar de manera comparativa las reacciones de dos personajes femeninos, Pecola y Claudia, de la novela *Ojos azules* (1998) de Toni Morrison, ante la opresión y discriminación que las afectan. El objetivo es analizar, a partir del concepto de otredad, desde la mirada de un otro que las construye a su vez que las condiciona, cómo las diferentes situaciones que sufren Pecola y Claudia las van interpelando a su vez que impactan en cómo ambas van configurando su forma de ver y de estar en el mundo.

Estos personajes fueron seleccionados porque sus formas de ver y estar en el mundo son opuestas y complementarias a la vez. Son opuestas porque, aunque insertas en el mismo contexto, reaccionan de distinta manera ante la misma situación; una acepta resignadamente y la otra se cuestiona e intenta resistir. Pecola padece situaciones de opresión y racismo, tanto por parte de su familia como de las instituciones, y las asimila sin discutir, hasta el punto que llega a creer que su persona es todo lo que la mirada ajena despotrica. Mientras que Claudia, ante los diferentes hechos muestra resistencia ante la naturalización de dicha opresión. Son complementarias pues ambas crecen y viven en un mismo entorno, plagado de adultos estigmatizados, y en ese mundo ellas intentan cuidarse y aprender entre sí mismas.

El análisis de la obra de Morrison se aborda desde el feminismo literario y desde el poscolonialismo, tomando como conceptos centrales la noción de Otredad (Staszak, 2008) y la triple opresión (Tyson, 1999). El concepto de Otredad se despliega, como un paraguas, para poder abrir la visión a la triple opresión experimentada por las mujeres de color en términos de género, raza y clase, lo que genera un esquema de causa y efecto ya que el concepto de Otredad afecta el proceso construcción de la identidad desde la mirada del otro, que me condiciona y que a su vez condiono.

EXPLORANDO LA OTREDAD

Staszak (2008) define a la Otredad como

El resultado de un proceso discursivo por el cual un endogrupo dominante ("Nosotros", el Yo) construye uno o varios grupos externos dominados ("Ellos", Otro) al estigmatizar una diferencia: real o imaginaria, presentada como una negación de la identidad y por lo tanto un motivo para la potencial discriminación. Para decirlo ingenuamente, la diferencia pertenece al reino del hecho y la otredad pertenece al campo del discurso. Así, el sexo biológico es diferencia, mientras que el género es alteridad. (p. 2)

Consideremos que alteridad e identidad son dos caras de la misma moneda ya que el “Otro” existe en relación con el “Yo” y viceversa. “Soy” desde la mirada del otro y a su vez me construyo desde la mirada ajena.

Como se puede observar en los siguientes ejemplos extraídos de la novela, la figura del otro emerge desde la mirada de las niñas ante la construcción social que proyectan sobre ellas los adultos: “No distinguimos las palabras, pero cuando hablan personas adultas escuchamos y prestamos atención a sus voces” (p. 10). “Nosotras [Pecola, Frieda y Claudia] nunca iniciábamos conversaciones con adultos; sólo respondíamos a sus preguntas” (p. 19).

En el ejemplo podemos observar que aquí *el otro* es la comunidad infantil. Ellas aún son pequeñas, por eso sólo deben acatar y cumplir lo que los adultos dicen, lo que genera un exogrupo en la comunidad: uno que encarna la norma y la autoridad, cuya identidad se valora, los adultos, y otro que se define por sus defectos, devaluado y susceptible de discriminación, las niñas. Las diferencias de poder en las relaciones sociales es un eje central en la construcción de la Otredad. Únicamente el grupo dominante es el que puede imponer el valor de su identidad y desvalorizar las particularidades de los otros, lo que conlleva a infringir en acciones discriminatorias. Esos *Otros* no son lo verdadero, no existen dentro de lo que se denomina *normal*, puesto que son definidos como Otros porque carecen de cualidades valoradas como tal en la sociedad hegemónica, porque siempre les falta algo para ser como *nosotros*. El exogrupo, entonces, está sujeto a las categorías del endogrupo dominante (Staszak, 2008). Dejan de ser Otros cuando pueden escapar de la opresión, de los estereotipos impuestos por los endogrupos dominantes, cuando logran forjar una identidad positiva, autónoma y luchan por una legitimidad discursiva, dado que la capacidad de un discurso para imponer sus categorías depende del poder lógico del discurso pero también del poder político, social y económico de quienes lo hablan. Los siguientes ejemplos están expuestos desde la experiencia personal vivida por Claudia y Pecola ante las diferencias de poder, específicamente en el seno de cada familia. Claudia, después de haber ido a recolectar carbón, comienza con síntomas de enfermarse:

Sin embargo, ¿las cosas eran realmente de aquel modo? ¿Tan dolorosas como yo las recuerdo? Sólo a medias. O mejor dicho, el dolor era productivo y fructificante. El amor, oscuro y espeso como el jarabe Alaga, introducía poco a poco su alivio por aquella ventana agrietada. [...] cuando mi tos era seca y dura, se oían en el suelo del cuarto unos pasos quedos y unas manos reajustaban la franela, reequilibraban la colcha y reposaban un instante sobre mi frente. De manera que cuando pienso en el otoño, pienso en alguien con manos que no quiere que yo muera. (p.8)

Aunque la adulta la atiende con malos modos, dentro de estos actos se esconde el cuidado y amor por Claudia; la niña puede sentir que alguien la cuida, tiene una contención familiar que le permite sobrellevar las vicisitudes de la vida. En contraste, cuando Pecola tira al piso la tarta recién horneada en el trabajo de su madre, Pauline, ésta defiende y consuela con paciencia y cariño a la niña blanca a la que cuida, al mismo tiempo que culpa y echa despectivamente a su hija del lugar, demostrando una pertenencia, o el anhelo de pertenecer, a una familia (blanca de clase alta) que es la que tiene el poder dentro de una sociedad de clases. Su propia familia no es como ella desea que sea, puesto que son pobres, afro estadounidenses y oprimidos y, a su vez, se oprimen entre ellos generando una desunión familiar como la expuesta anteriormente. Esta situación, sumada a muchas más, conlleva a que Pecola internalice su condición de Otra.

Otro ejemplo de dicha internalización tiene que ver con el lugar que ocupaban para vivir, la parte delantera de un almacén, del cual toman posesión no sólo porque son pobres y de color, sino porque se creían feos, de tal forma que “llevaban su fealdad [...] puesta, aunque no les pertenecía” (p. 35).

Luego te dabas cuenta de que el motivo era la convicción, su convicción. Era como si algún misterioso maestro omnisciente hubiera dado a cada uno un manto de fealdad para que lo llevaran y ellos lo hubiesen aceptado sin rechistar. [...] tomaron en sus manos la fealdad, se la echaron encima como una capa y se fueron por el mundo con ella. Cada uno la manejó a su manera. [...] Y Pecola. Ella se escondió detrás de la suya. Disimulada, velada, eclipsada; asomando muy raras veces del amparo del manto, y aun entonces sólo para anhelar la pronta recuperación de su disfraz. (pp. 35-36)

Aquí el “otro” son todos dentro de la familia, no hay una contención familiar entre ellos que les permita “verse” de otra manera, lo que conduce en Pecola a formarse una identidad minimizada, tanto desde la mirada ajena como desde la propia.

OBSERVANDO LA TRIPLE OPRESIÓN

En relación con el constructo de Otridad, Tyson (1999) expone la teoría de la triple opresión según la cual, dentro del escenario poscolonial global, el hecho de ser mujer, de color y terciomundista es sinónimo de mayor opresión. La triple opresión propuesta por Tyson (1999) abarca tres grandes ejes: género, racismo y clase, los cuales se entretajan y retroalimentan.

DIME QUIÉN ERES: GÉNERO

La jerarquía de género es el perjuicio o discriminación basándose en el género de la persona (Fandiño Barros, 2013). Generalmente el sólo hecho de ser mujer convierte al sujeto en víctima de la subyugación patriarcal, donde se privilegia a los hombres sobre las mujeres, lo que también genera actitudes o condiciones estereotipadas. El concepto de género es una construcción social por medio de la cual se define lo apropiado para el sexo femenino y masculino, creando imaginarios que simbolizan y dan sentido a la diferencia sexual (Fandiño Barros, 2013). Estos imaginarios valoran y establecen normas acerca de lo que es femenino o masculino; promoviendo relaciones de género, y produciendo en los individuos ciertas características culturales y sociales especificadas a partir de las diferencias biológicas, lo que incide en la formación de las identidades tanto de varones como mujeres desde que nacen y en su comportamiento a lo largo de la vida. El proceso de socialización y la formación de la identidad genérica engendran en cada individuo una identificación con los valores, normas y comportamientos que responden a las características femeninas y masculinas establecidas por una cultura (Fandiño Barros, 2013).

Estos estereotipos y su consiguiente opresión pueden observarse cuando Claudia recibe “el regalo supremo”, un bebé de ojos azules y tez blanca. Para los adultos “aquella muñeca representaba lo que ellos creían que era mi máspreciado deseo” (p.16), piensa ella. Podemos reflexionar que el formato de belleza y el papel de cómo debe ser una mujer que están manifestando los adultos hacia las niñas es una repetición y fortalecimiento de estereotipos naturalizados, que asocian por un lado a la mujer con la maternidad, y por otro a la belleza con la tez blanca y los ojos claros. No hay cuestionamiento, ni curiosidad por una identidad propia, se siguen proyectando así valores, normas y comportamientos sociales establecidas por la cultura hegemónica como un ideal universal.

Sin embargo, la reacción de Claudia a este regalo ilustra sus cuestionamientos a estos estándares impuestos:

A mí me inspiraba un solo deseo: despedazarla. Ver de qué estaba hecha, descubrir su presunta dulzura, encontrar la belleza, el deseado encanto que a mí se me escapaba, y al parecer únicamente a mí. Adultos, niñas mayores, tiendas, revistas, diarios, escaparates, el mundo entero se había puesto de acuerdo en que una muñeca de piel rosada, cabello amarillo y ojos azules era lo que toda niña consideraba un tesoro. (p. 16)

De esta forma, Claudia cuestiona y desafía los estereotipos impuestos. En oposición Pecola está embelesada con la imagen de Shirley Temple³. Cada ingesta de leche en la taza con la imagen de Shirley significaba poder acercarse a la idea de ser un poquito como ella, lo que también sucedía con los caramelos Mary Jane, los cuales devoraba uno tras otro, como si al introducirlas en su cuerpo, las poseyera, y de esta forma fuera aceptada y bien vista. Relacionándolo con el ejemplo anterior donde toda la familia Breedlove se siente fea, ellos acuñan en sus cuerpos y personalidades los dictámenes de la cultura hegemónica sobre la belleza. Estos conceptos de belleza forman parte de los condicionamientos que las mujeres sufren, están tan aferrados en el comportamiento cotidiano que muchas veces conducen a una obsesión, como le sucede a Pecola y su obsesión con los ojos claros⁴.

DIME CON QUIÉN ANDAS: RACISMO

La jerarquía etno-racial es una ideología basada en la superioridad de una raza o etnia sobre otra (Tyson, 1999). Ser un individuo de color genera, por lo general, en las relaciones sociales rechazo, discriminación o persecución racial, lo que condiciona tanto de manera social como internamente al sujeto. Phyllis Jones (2000) presenta tres categorías de análisis en relación al racismo: racismo institucionalizado, mediado socialmente e internalizado. Para este análisis utilizaremos el concepto de racismo internalizado que implica la aceptación de la discriminación naturalizada. El juicio externo, social e institucionalizado expedido por la cultura hegemónica es asumido por la persona discriminada como verdadero, percibiéndose a sí mismo/a con todas las falencias estigmatizadas por los demás, como un *otro* devaluado y deshumanizado que no termina por no reconocerse como un individuo apto y potencial para la sociedad.

El racismo internalizado es la aceptación por parte de la etnia oprimida de la negatividad que se le adscribe como así también del cuestionamiento de sus propias capacidades y de su valor intrínseco (Phyllis Jones, 2000). En otras palabras, la propia comunidad oprimida y denigrada acepta e internaliza la devaluación, los límites y mandatos negativos que se le atribuyen. Este tipo de racismo y/o sexismo suele caracterizarse por el autoconvencimiento de la debilidad,

³ Shirley Jane Temple fue la niña prodigio que cantaba y bailaba tap . La niña blanca de rizos dorados y sonrisa encantadora conquistó los corazones de América a través del cine en los años 30.

Fernández, Tomás y Tamaro, Elena. «Biografía de Shirley Temple». En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea* [Internet]. Barcelona, España, 2004. Disponible en https://www.biografiasyvidas.com/actores/shirley_temple.htm

⁴ A lo largo de la novela hay ciertos personajes que poseen ojos claros: las muñecas, las imágenes de publicidad como los caramelos, las actrices, las niñas blancas, la muerte, Dios y su nueva compañera de escuela Maureen Peel, todos elementos simbólicos que refuerzan estereotipos de placer, hermosura y poder.

ineficacia y estupidez del mismo sujeto. El individuo acepta las limitaciones de su propia humanidad, lo que incluye su propio espectro de sueños, su propio derecho a la autodeterminación y a la autoexpresión (Phyllis Jones, 2000).

Otro ejemplo de esta internalización, además de los ya mencionados, es la situación que experimenta Pecola cuando se dirige a la tienda del señor Yacobowski, donde el simple acto de ir a comprar caramelos es un desafío enorme para ella, ya que al entrar al negocio es recibida de manera despectiva y con rechazo. Íntimamente Pecola sabe que “es la negrura lo que cuenta, lo que crea aquel vacío con regusto a aversión en los ojos de los blancos” (p. 45), admitiendo la negatividad que se le adscribe y poniendo en duda su capacidad y valor personal. Combinando las diferentes discriminaciones, por ser niña, mujer y de color, es que en el proceso de identidad de Pecola florece una personalidad retraída, sumisa, encontrando finalmente su salvación en la locura.

En contrapartida observamos la actitud de Claudia ante el comentario peyorativo de Maureen Peal, la nueva alumna de la escuela, con largos cabellos castaños y ojos verdes, quien rápidamente se vuelve popular. El comentario de la nueva niña fue: “¡Soy una preciosidad! ¡Y vosotras sois feas! ¡Feas y negras! ¡Negritas! ¡Yo soy bonita y atractiva!” (p.70). A lo que Claudia y su hermana se quedan abrumadas y se cuestionan ¿qué significan esas palabras?,

Que nosotras éramos inferiores [...] Podíamos destruir las muñecas, pero no podíamos destruir las voces melosas de padres, madres, tíos y tías, la sumisión perceptible en los ojos de nuestros semejantes, el fulgor marrullero en los ojos de nuestros profesores cuando encontraban a las Maureen Peal del mundo. ¿Cuál era el secreto? ¿Qué nos faltaba? ¿Por qué era importante? ¿Y qué? [...] Y en todo momento sabíamos que Maureen Peal no era el Enemigo y que no merecía una aversión tan intensa. La Cosa a temer era la Cosa que a ella la hacía hermosa y a nosotras no. (p. 71)

Ante el cuestionamiento de Claudia, podemos deducir que la discriminación naturalizada por el color de piel, está internalizada en las niñas pero hay algo, mucho más grande e invisible, que les provoca incertidumbre y miedo: la supremacía del blanco sobre las personas de color, del hombre sobre la mujer, del adulto sobre el niño, del rico sobre el pobre entre otras, es el sustrato que mamamos desde antes de nacer, diferencias instaladas en la sociedad como fidedignas. Podemos observar de esta forma que aunque las dos niñas cargan con un racismo internalizado, la diferencia radica en que una de ellas (Pecola) acepta sumisa el atropello hacia su persona, mientras que otra (Claudia) debate íntimamente tratando de entender la discriminación que padece.

DIME TU CONDICIÓN: CLASE

La jerarquía de clase es la discriminación o prejuicio basado en la pertenencia o no a una clase social, siendo el capitalismo un sistema económico-social que (re)produce desigualdades (Astarita, 2013). Por un lado, genera concentración de riqueza y al mismo tiempo, pobreza naturalizada, y por otro lado, produce una estructura social de clases (capitalistas y obreros). Estos grupos se distinguen por la propiedad o no propiedad de los medios de producción. Los capitalistas, dueños de los medios de producción, emplean obreros y la clase obrera son los que deben trabajar vendiendo su fuerza de trabajo por un salario, bajo el mando de los capitalistas. La lucha de clases que se presenta en este sistema es la tensión que hay entre los grupos sociales, por la defensa de sus propios intereses: unos por aumentar la explotación y otros por ir en sentido contrario (Astarita, 2013).

Como podemos observar en diferentes momentos de la novela, tanto Claudia como Pecola, son rebajadas a menos ya sea por el tipo de ropa o calzado que usan, por el color de piel o por ser niñas, *no-cualidades* que restringen su camino en la sociedad, además de bombardear su propia identidad, sólo por ser de otra clase social. Por ejemplo, al comienzo de la novela, Rosemary Villanucci, una vecina blanca de Claudia, desde arriba del auto de su padre, comiendo pan con manteca baja el vidrio y con gesto despreciativo les dice que no las deja subir al auto. Aunque las hermanas deseaban el pan con manteca, más deseaban arrancarle la arrogancia a esa niña blanca. Tanto las niñas de color como blancas en la novela repiten y reproducen prejuicios y estigmatizaciones seguramente vistos en los adultos desde un lugar de pertenencia o clase social, ya sea mediante el desprecio o la violencia hacia *los Otros*.

En la extensión de la novela podemos contemplar las desigualdades que produce este sistema económico-social capitalista y cómo éste se entremezcla con otras formas de opresión; por ejemplo, cuando Pecola es invitada por Junior, un niño del barrio, a su casa para que conozca a su gato. Previamente aclaremos que la mamá de este nene, Geraldine, es de tez color café con leche, lo que la hacía sentirse con un poco más de categoría social sobre las personas de tez más oscura, poniendo de manifiesto una escala de colores anclada a los constructos de clase y otredad; mientras más blanco, más poder se ejerce sobre los otros, como podemos observar en la novela: “Unas y otras eran fácilmente identificables. Las personas de color eran discretas y limpias; los negritos eran sucios y ruidosos. Él pertenecía al primer grupo...” (p. 83).

En la casa vivía un gato, al que Geraldine amaba, relación que ponía muy celoso y caprichoso a Junior. Una vez Pecola dentro de la casa, de golpe Junior le tira sobre la cara al gato, por lo que termina arañada, lastimada y llorando, pues el niño no la deja salir, la ha encerrado en la

habitación. Angustiada entre sollozos Pecola siente que el gato se le arrima amorosamente y puede acariciarlo, situación que pone de malas a Junior, quien toma agresivamente al gato y lo revolea por los aires, cuando logra soltarlo, el minino cae y choca contra un radiador encontrando la muerte. En ese instante entra Geraldine a la casa y con una pasividad incorporada declara a Pecola culpable del incidente, ya que su apariencia (su vestido sucio y roto, su cabello deslustrado con trenzas deshechas, sus zapatos baratos enfangados y sus calcetines manchados) representan a todas las niñas pobres e insignificantes que Geraldine ha visto a lo largo de sus experiencias, la imagen de Pecola es todo lo que no hay que ser en la vida. Geraldine piensa:

Había visto a aquella niña toda su vida. [...] Donde ellas vivían no crecía la hierba. Morían las flores. Se cerraban las persianas. Revoloteaban como moscas y como moscas se posaban. Y aquella se había posado en su casa. Por encima del lomo del gato la estaba mirando. –Vete -le dijo con la misma voz tranquila-. Perversa borrita negra. Vete enseguida de mi casa. (p. 89).

Pecola fue invitada a esa casa para ser humillada, tanto por la perversidad de Junior como por los estándares valorativos de Geraldine; los estereotipos sociales prevalecen, y es encasillada en una minoría desvalorada y estereotipada, es por ello que termina siendo acusada por algo que no hizo.

CONCLUSIÓN

La inquietud sobre las desigualdades sociales, raciales y de género aún siguen en cuestionamiento pues ¿no somos todos humanos? La novela *Ojos azules* (Morrison, 1998) fue la elegida para explorar de manera comparativa comportamientos y actitudes de dos personajes femeninos, Pecola y Claudia, a partir del impacto del concepto de otredad, que las condiciona, las atraviesa y las oprime de múltiples formas.

Pecola y Claudia llevan a cabo acciones de ver y estar en el mundo opuestas y complementarias a la vez. Ambas crecen y viven en un mismo entorno entre adultos estigmatizados y estigmatizantes pero mientras una de ellas acepta y asimila resignadamente los hechos que padece, llegando a creer que su persona es todo lo que la mirada ajena despotrica, la otra se cuestiona el porqué de las cosas e intenta resistir ante la naturalización de la opresión.

Esto nos lleva a reflexionar que la otredad es causa y efecto de la formación de la identidad, la cual se va entretejiendo con los constructos de género, raza y clase. Nuestros personajes, al ser mujeres de color y pobres cargan con todas las *no-cualidades* que una sociedad

hegemónica señala como incorrectas, lo cual es aceptado como una verdad única e inamovible. Las diferentes situaciones analizadas a lo largo de este trabajo van configurando a cada una de ellas en su forma de ver/se y de estar en el mundo. La triple opresión (Tyson, 1999) expone que el hecho de ser mujer, de color y pobre es sinónimo de mayor opresión humana.

REFERENCIAS

- Astarita, R. (2013). ¿Qué es el capitalismo? Una introducción a la crítica de la economía política. Bs. As. Edición autogestionada
- Fandiño Barrios, Y. (2013). La violencia de género y el pensamiento patriarcal. *Advocatus*, 21, 53-159.
- Morrison, T. (1998). *Ojos azules*. New York: Penguin Random House.
- Phyllis Jones, C (2000). "Levels of racism: A Theoretic Framework and a Gardener's Tale" *American Journal of Public Health* 90.8.p.1212-1215.
- Staszak, J. (2012). Other, otherness. En *International Encyclopedia of Human Geography*. New York: Elsevier.
- Tyson, L. 1999. *Critical theory today: A user-friendly guide*. New York and London: Routledge.